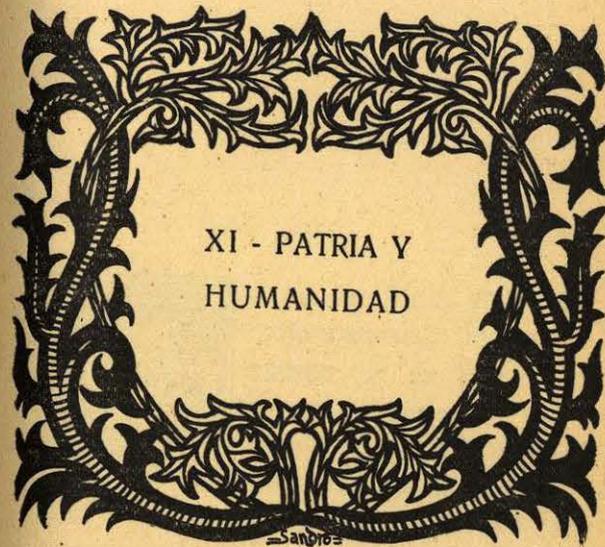


serva que a menudo hay gentes que esquivan nuestra sociedad no por que sepan nada malo de nosotros, si no por lo que sospechan que sabemos de ellas. Podría añadirse, que muchas también nos atacan por eso mismo.

Resígnate, pues, a tener enemigos, si eres bueno. Digo mal que te resignes: alégrate, por que es señal de que eres justo y de que vales. Ni aún los hombres acomodaticios, que a todos dan el parabién y con todos quieren vivir en paz, dejan de tener enemigos; y tal vez estos más que tú, por que tú, al fin, tendrás también amigos que te estimarán, y a ellos los desprecian todos.

Pero si eres blando de condición y no quieres enemistades, renuncia a practicar en tu vida la justicia; renuncia a luchar; renuncia a vencer; obscurécete y no hagas sombra a nadie, ni a nadie ayudes.

Tú dirás qué camino escoges.





ONTRA las ideas abstractas, uniformadoras, internacionales de la Revolución francesa; contra los caprichos y el autoritarismo de Napoleón conquistador, se alzó en Europa la protesta del sentimiento nacional, que luego hubo de continuarse, a pesar de su desconocimiento por los reyes absolutos victoriosos en 1815 y de ejemplos tan desesperantes como el de Polonia. Pero ese movimiento tan justo, tan natural (explosión externa de la vida de organismos que tienen conciencia de su personalidad propia y piden para ella el legítimo ambiente de autonomía), llevaba en sí gérmenes terribles, que habían de convertirlo en elemento de disolución y de odio. Al afirmar su exis-

tencia cada nación, no hubo de limitarse a marcar las notas diferenciales que la constituían en sociedad sustantiva, y la esfera de acción que de ella derivaba, sino que pretendió más, renovando y exagerando las contiendas atizadas por el «antiguo régimen»; pretendió la superioridad en el mundo, no de hecho y por la imposición de la fuerza bruta — que esa es superioridad carente de argumentos ante la razón — sino de derecho y por la posesión de cualidades nativas que fundamentan, hacen necesaria y fatal la superioridad, y la legitiman en todas sus consecuencias. Entonces nació la forma moderna de la teoría de las razas, primero puramente espiritualista, proclamando con Fichte la alteza del pueblo alemán sobre todos los pueblos; luego, antropológica, con la serie de teorías cuya última expresión parece ser la antro-po-sociología de Lapouge y Ammon y la fama póstuma de Gobineau (1). Así el orgullo de las colectividades — a veces, sin otro fundamento que una deleznable prosperidad económica puramente «burguesa» y, como diría *Clarín*, muy poco «atениense» — se reviste de formas científicas, pretende con ello hacerse indiscutible, y sugestióna a los tontos, a los noveleros y a los débiles, que no intentan ni aún reac-

(1) He estudiado estas teorías y su aplicación a nosotros, en la *Psicología del pueblo español*, Barcelona, 1902.

cionar contra la pesadumbre de factores que se suponen muy sobre la voluntad humana.

Contra todas esas teorías — sinceras en unos, simple tapadera del cuquismo explotador en otros, — cuyo mayor peligro consiste en lo que ahonda las diferencias, excita los odios y esparce la desconfianza y la envidia entre los hombres, pretendiendo anular toda la obra de paz, de concordia, de fraternidad humana que trabajosamente ha ido produciéndose en la historia, acaba de lanzar generosa, elocuente protesta, uno de los espíritus más cultos, más elevados, más sólidamente científicos de la Europa literaria, Arturo Farinelli.

La mayoría de mis lectores sabe quien es Farinelli; pero, probablemente, solo en uno de los aspectos de su compleja personalidad intelectual. Aquí, en España, sabemos de él que es un hispanista, autor de libros tan repletos de erudición, de sentimiento y de crítica profunda como el dedicado a Grillparzer, el *Don Juan*, el de *Humboldt y España*, el de *La lengua española en Italia*, etc.; pero no es común conocerlo como germanista, como crítico literario, como psicólogo, como músico, como experto en todo linaje de artes bellas. Hace falta haber recorrido todo ese vasto campo de su cultura, — los estudios sobre Leopardi, sobre Vinci, sobre Miguel Angel, sobre Schubert, sobre

tantos otros grandes autores y artistas, — para comprender todo lo que encierra el alma sensible y profundamente sabia del actual profesor de la Universidad de Turín. Todas las causas elevadas cuentan con su simpatía y con la defensa de su pluma; todas las manifestaciones escogidas del espíritu, con su admiración y su propaganda. No es un literato que solo sabe de su oficio — como es corriente — y que salva las grandes lagunas de su instrucción (o cree salvarlas) a fuerza de ingenio, de golpes de talento natural; es un polígrafo que posee amplia base filosófica e histórica en virtud de la cual aborda y comprende, hasta la raíz, el fondo substancial de las grandes obras del arte humano, ignoto para los simples *profesionales*.

Pues bien: Farinelli acaba de publicar una de sus lecciones en la Universidad torinesa, que lleva por título «*Humanidad de Herder y concepto de las razas*» (1), y que es la protesta a que hube de referirme antes. En ella estudia el autor las ideas de Herder y desmenuza y aniquila las fantasías antropológicas que — aparte su insubsistencia científica — tanto daño hacen manejadas por los ambiciosos y los nacionalistas de todo género.

Herder (1744 - 1803) fué un contempo-

(1) Catania, 1908, 50 págs., en 4.º.

ráneo de la Revolución francesa y, en mucho, un partícipe de los más altos ideales internacionalistas, humanos, de los reformadores del siglo xviii. Como ellos, pide que las mejores fuerzas de los hombres se apliquen al «desarrollo libre de las energías humanas, a la irradiación espiritual de los pueblos». Como Lessing — otra inteligencia progresiva, para quien «el poeta puede nacer bajo todos los cielos», y los sentimientos vivos y profundos no son patrimonio exclusivo de algunas naciones — Herder predica «su evangelio de tolerancia y de paz». Su anhelo consiste en «educar, ilustrar a los pueblos». Como Vico, flagela y desprecia las vanidades nacionales que quieren sobreponerse, «por especiales prerrogativas, virtudes y beneficios de cultura, a los otros pueblos..., oprimiendo a los vecinos, quitándoles el aire, la luz y la vida.» ¿Qué significan — dice Farinelli siguiendo a Herder — en el eterno mudar de los tiempos, privilegios de civilidad tan alabados? ¿No decaen las naciones, los reinos, como se pone el sol? Así Herder en sus *Cartas sobre el progreso de los pueblos*, protesta contra la protección de este o el otro país de Europa que intenta sobreponerse a los otros gritando: «Solo en mí reside toda la sabiduría.» Y dice: «Es locura comparar entre sí las naciones para dar a una o a otra la preferencia. Natura distribuye caprichosamente

sus bienes. No discutamos el valor de cada uno y alegrémonos de que exista tan grande variedad de flores y de frutos esparcidos por el Universo.»

Contra esas generosas, levantadas ideas, se alza a poco de la muerte de Herder la teoría de las razas. «El *progreso* científico parece complacerse en poner entre pueblo y pueblo abismos mayores, en acentuar las diferencias de índole y de estirpe, irremediables, inconciliables. Se clasifican hombres como se clasifican plantas; se les aplican, infalibles, las escalas de valores; se penetran los misterios y las tinieblas de los orígenes; se distinguen gérmenes buenos y gérmenes malos... Florece, con esperanzas orgullosas, la antropología. Los románticos alemanes, que tantos mundos lejanos investigaron y tantas islas inexploradas, perdidas en los Océanos, descubrieron, negando el evangelio del maestro derivan de las diferencias primitivas de raza las diferencias de las varias literaturas; y así lo afirma, claramente, excindiendo la raza latina de la germana, A. W. Schlegel, en sus famosas lecciones de Berlín. Levántase entonces Alemania tras las guerras napoleónicas, con vigor de estudios y de civilización floreciente. Las glorias antiguas excitaban a glorias y triunfos nuevos. Y en los corazones hallaba eco la gran voz de Fichte, de Jahn, de Arndt, que exhortaba al amor patrio, entrañable, he-

róico. Los estudios de Müllenhof sobre la antigüedad germánica, semejan revelaciones. Se tiene la conciencia de ser bien nacidos, en país lleno de grandes virtudes, predilecto de Dios. Y crece, crece el sentimiento nacional hasta convertirse en furor y delirio.»

Cuán exactas sean estas palabras de Fari-nelli, lo demuestran a cada paso la literatura nacionalista, la patriotería que rebosa de la enseñanza histórica en las escuelas primarias de los países atacados por aquel furor, el desprecio del extranjero, formulado a cada paso por los mismos que, quizá, derivan de los despreciados su condición de fundamental vida. En estos mismos días, un nuevo ejemplo atrae la atención de gentes: el artículo de Max Arden, *Las cuatro naciones*, publicado en la *Zukunft* (25 Enero), en que ingleses, americanos y alemanes reciben todo género de alabanzas y los franceses quedan relegados al más bajo nivel (1). Alemania, pobre en riquezas naturales, lo debe todo «a su inteligencia y a su valor moral». La raza germánica «recibió en dote la individualidad, el idealismo, la trascendencia, la fidelidad y el valor. La sangre eslava le añadió la obediencia, la disciplina, la paciencia. El elemento judío trajo un tinte de

(1) V. una traducción parcial de este artículo en «La Revue des idées», 15 Julio.

escepticismo y el sentido de los negocios y empresas». Francia, en cambio, dominada primitivamente por la raza rubia de los francos y hoy por los morenos meridionales galo-latinos, está dirigida — desde la Revolución que destruyó en ella el respeto a la tradición y los sentimientos elevados — «por talentos plebeyos y burgueses; abogados, periodistas, hombres de negocios... El país se meridionaliza; su ideal, desciende. El francés de hoy día no busca la felicidad, sino el placer; no se preocupa de merecer el respeto de las gentes, le basta con verse aplaudido; persigue la sensación, no el saber; estima la «blague», no el espíritu. Todavía conserva algunas grandes cualidades: la bravura, la ambición de las grandes cosas, el espíritu caballeresco; pero esas virtudes no se producen sino pueden ostentarse sobre plataformas: son para la galería.»

Esto — y más, tan fuerte como esto — ha escrito Harden, dando la razón a las quejas de Farinelli, a las censuras (también extremadas, en cierta manera) que al patriotismo dirigen los internacionalistas y los mismos pacifistas. ¿Cómo no deplorar esos extravíos del nacionalismo? ¿Cómo no ver en él, entendido de ese modo, la más formidable dificultad, el tropiezo más serio para la formación de un ideal humano, de una concordia y armonía universales fundada en la justicia y en el reconocimiento del valor propio

de cada factor colectivo, en el deber del auxilio mútuo, en la obligada solidaridad de la civilización, fruto el más alto y admirable de la inteligencia humana? ¿No resalta claramente la necesidad de predicar, frente a esos extravíos, el ideal de fraternidad, de cooperación, que acerca a los pueblos, que pone en relieve lo común entre los hombres, que destruye los odios, que cercena los egoismos, las vanidades y el placer mezquino de la *superioridad*, gozosa de la humillación del prójimo y desconocedora de todo lo bueno que en este puede haber, que positivamente hay, aún en los que nos parecen más humildes, y atrasados y apáticos?

Sí; hace falta llamar a esa nueva cruzada de amor, que pide, en primer término, el abandono de toda idea de dominación espiritual o material, de magisterio depresivo, de limosna de virtudes propias, cuya efectiva existencia sería preciso comprobar de antemano.

Hace falta encender nuevamente los corazones de la juventud — como en los tiempos de Herder — con la santa aspiración a realizar el ideal humano, en libre, igualitaria colaboración de todos los hombres, sosteniendo a los débiles, esparciendo semillas de cultura y de vida entre los rezagados y enfermos, que quizá han sido en otros siglos más grandes que los grandes de hoy y que

no solo pueden, sino que es preciso que puedan y que les ayudemos a poder y a creer que pueden convertirse en elementos útiles para la civilización, ascendiendo a las primeras filas humanas. Hace falta luchar contra «el orgullo de raza» que Robertson ha combatido con tan atinadas razones y que lleva camino de convertir, a la masa de los países en que se padece, en un rebaño de pedantes capaces de impedir los mayores bienes con tal de que no los produzca o los disfrute el que no es de su estirpe. Hace falta, (incluso con el reconocimiento leal de las diferencias de civilización, de orientaciones y sentido de la vida, que caracterizan a los pueblos constituídos), emprender una cruzada para generalizar en todos lo que en cada uno es mejor, para romper la embarazosa ligadura de la teoría de las idiosincrasias nacionales, buena en sus propios límites, en tanto que protege la formación de individualidades y elude los unitarismos abstractos, pero de gravísimos efectos si — como a diario se ve — se convierte en argumento conservador para rechazar las novedades, o en poquedad de ánimo para acometer las mismas empresas, para adoptar los mismos procedimientos que, en otros pueblos, han hecho ascender la civilización.

Muchos de los que a título de modernistas científicos, de hombres progresivos, aceptan la teoría de las razas y la interpretan y practi-

can en la forma que Farinelli censura, no se han percatado todavía del peligro conservador, reaccionario, misoneista, que hay en ella. Hagamos que resalte, para huir de él, para reducir el nacionalismo de la escuela histórica — de sentido tan real y profundo — a los límites que exactamente le convienen, quitándole toda la levadura romántica, toda la vaguedad misteriosa que le acompaña y que tan propicia es a extravíos cuyos resultados prácticos son, el retroceso, la quietud, o el ahondamiento de las diferencias entre los grupos, que pronto originan celos y odios.

